

Viajeros por las Islas Canarias (50)

Nicolás González Lemus

La estancia en Canarias de Elizabeth Murray

Acabo el acercamiento a los viajeros victorianos con Elizabeth Murray, no sin antes pedir disculpas por la tardanza de la entrega. Quedan todavía algunos como Herbert Coupland Taylor, John Cleasby Taylor, Brian Melland, John Whitford entre otros, pero he decidido elegir a Elizabeth Murray por la importancia de sus escritos en el campo de la etnografía, la historia y la antropología general de Canarias. No obstante, si bien es con la viajera Murray con la que terminamos la serie de viajeros ingleses —tema de mis estudios— el último capítulo será una crónica amplia sobre las “Islas Canarias vistas por los viajeros victorianos”, donde se recogen los motivos de sus visitas y las descripciones de mayor interés de las islas.

En 1859 fue publicado en Londres en dos tomos el libro de Elizabeth Murray *Sixteen years of an artist's life*¹, por Hurst and Blacket, al precio de dos libras y dos chelines, cantidad que permite adquirir los dos volúmenes ilustrados con sendos grabados de T. Picken, basados en dibujos de la propia escritora, representando un mercado marroquí y el valle de La Orotava. Su esposo, Henry Calar Murray, fue el cónsul británico en la isla desde el 23 de agosto de 1850 hasta febrero de 1860, hecho que le permitió permanecer cerca de 10 años en Canarias, lo que le ofreció la posibilidad de dedicar todo el segundo volumen (344 páginas) a la descripción los más diversos temas de la isla y por su fiel retrato recibió una gran cantidad de críticas por los isleños. Sin lugar a dudas, fue el mejor retrato que se hizo de la sociedad decimonónica canaria hasta la aparición en 1887 del libro de Olivia Stone, *Tenerife and its six satellites or the Canary Islands past and present*. La obra de Stone en dos tomos (477 páginas el primero y 459 el segundo) difícilmente logró cumplir el papel de un libro-guía destinado a al turismo británico (motivo de su visita), pero, por el contrario, la viajera dejó el mejor testimonio de las costumbres de las islas y es un interesante estudio del momento histórico que se estaba viviendo.

La apreciación del funcionariado que hace Elizabeth Murray es demoledora. Según ella, era muy respetado en la isla. Por tal razón, los jóvenes de la clase media soñaban con acceder al estamento funcional del gobierno como forma de respetabilidad. La manía por los cargos públicos era una verdadera pasión colectiva, una de las ambiciones supremas de la clase media (no solo en las islas sino también en España), aunque el trabajo en la administración no aseguraba ni mucho menos una vida fastuosa a sus empleados. En todo caso, como afirma Bartolomé Bennassar, les permitía guardar las apariencias y poder disponer de las necesarias prendas de vestir. La creencia, aunque no común a todos, de que «para ser un *caballero* no se debería hacer trabajo manual alguno, era quizá la mayor falta de los isleños, como de los españoles» —según Alfred Samler Brown. Si bien esa era la preocupación del hombre, en la mujer de la clase media, se hacía sentir en el deseo de coleccionar objetos personales. Cuando Elizabeth Murray llegó a La Matanza, una señora de la clase media alta, al conocer su llegada, la visitó y la convidó a su casa. Se consideraba la más importante del lugar, pero que perfectamente podía ser —según la viajera británica— «poca cosa en el círculo de aspirantes a damas en Santa Cruz»². Según la viajera, se daba aires de ser la única de sangre azul del pueblo y de poseer abundantes cosas, todo un símbolo de distinción social. Entre sus propiedades tenía diez trajes, dos cofres de manufacturas inglesas, un camello que usaba para hacer girar el molino de gofio, cochinos y una cabra. La señora se sentía

feliz por contar —como afirma Murray— «con lo que realmente aspiraba la mujer de clase media española: la familia». Por tal razón, entre sus valiosas posesiones incluía a su hijo y a su marido, que —según ella— era el sacristán, aunque, para Elizabeth Murray, su trabajo consistía en reparar los daños de la Iglesia³.

Para ella, los menesterosos —abundantes en las Islas— se cuidaban bien de no acercarse a los potentados de aquí, especialmente a los funcionarios o militares. Como Elizabeth Murray relata: «saben muy bien a quienes pueden asaltar con la esperanza de obtener algo. A pesar de su aire de magnificencia y de la exhibición de riqueza de sus joyas, nunca molestarán a los empleados del Gobierno, porque saben que de ellos conseguirían más golpes que medio penique»⁴. El viajero Burton Ellis se dedicó a observar el comportamiento de los oficiales del gobierno y los militares en Santa Cruz «que siempre pueden ser reconocidos por su arrogancia, y por el hecho de que la legión de mendigos nunca les importunan pidiéndoles limosna»⁵.

Elizabeth Murray diría que «en un tiempo dudaba si la soledad se podía encontrar realmente en este mundo, pero la visión de San Cristóbal de La Laguna destrozó todas mis dudas porque verdaderamente la misma reina sobre esta destacadísima ciudad»⁶.

Se traslada al Valle de La Orotava y en el Puerto de la Cruz se hospeda en el hotel Casino de Pedro Aguilar (casa conocida hoy como Rincón del Puerto), situado en la plaza del Charco. Era la única fonda que existía en la ciudad. El fracaso del comercio del vino y posteriormente el traslado de la actividad portuaria a Santa Cruz hace que la ciudad se hunda y viva una crisis económica aguda. Las primeras impresiones de los viajeros tras la llegada al pueblo coinciden con las realizadas durante sus visitas a La Laguna y La Orotava: aspecto sombrío, triste y aburrido. De desolación encontró la ciudad turística de entonces Elizabeth Murray que, con el mismo sentido del humor inglés, cuenta que «la población, una vez pasado su gran momento [la crisis económica después de la declaración de la paz de Europa en 1815] encontrar algún ser humano en la calle es difícil, de tal manera que si una bala hubiera cruzado por una de ellas seguro que no habría dañado a nadie»⁷.

No obstante, los interiores de las casas presentaban un aspecto muy diferente a los de otras partes de la isla. Dice Murray que hay en ellas mucho del confort inglés. En efecto, en la decoración se podía observar una agradable mezcla de la simplicidad española y del lujo inglés; “incluso hay algo británico en los hábitos y costumbres de sus residentes, algo que es muy perceptible y los diferencia de los otros habitantes de la isla. Al entrar en una casa del Puerto de Orotava, nunca falta la amabilidad, la cortesía y la buena educación de sus habitantes. Un extranjero puede contar siempre con una cálida y cordial bienvenida”⁸.

En las Fiestas de San Juan, por la mañana temprano, los cabreros traían sus rebaños desde las montañas al mar como medida preventiva contra la enfermedad. Se supone que esto es una vieja costumbre guanche, “aunque no conocemos ningún documento sobre ello y todo lo que se sabe es que se remonta a muchísimos años atrás” —comenta Murray. «Existen también servicios religiosos para esta ocasión en los que la playa se llena de gente. Mientras se pasean con sus ropas de varios colores y se entregan al gozo de la hora, la playa se convierte en una continua romería. Los campesinos, incluso, se aventuran en el mar con sus botes, llenando la bahía. Habiendo disfrutado así a lo largo del día, todo se acaba por la noche con un alegre baile y un ruidoso jolgorio en la casa de algún hospitalario anfitrión cuyas puertas permanecen abiertas para todos»⁹.

Se ocupa Murray de la quema del Judas en el Puerto de la Cruz. Al muñeco lo vestían con un abrigo negro, unos pantalones y el tipo de botas *hessian*. Unos voladores anunciaban que la ceremonia iba a comenzar. A partir de entonces, la multitud se

concentraba en la plaza del Charco. Según Elizabeth Murray, que a diferencia de sus compatriotas si logró ver el espectáculo, los hombres llevaban en la mano barrotes mostrando alegría en sus rostros porque iban a atizar al traidor y detestable Judas. Una vez colocado el muñeco en el centro de la plaza comenzaba el griterío, las injurias, el bullicio y las risas de todos los presentes. Una vez que comienza a arder el muñeco «el griterío y el clamor de la multitud se hace ensordecedor. Durante algo más de veinte minutos el ruido y el crujido son incesantes». Mujeres, hombres y niños lanzaban sobre Judas todo tipo de insultos y palabrotas¹⁰. Una vez quemado, se ataba por el cuello con una soga y grupos de hombres lo arrastraban por las calles mientras otros lo acompañaban durante todo el trayecto, propinándole golpes con sus garrotes, continuos insultos y maldiciones.

Todas estas apreciaciones provocan malestar. El periódico *Eco del Comercio* del 8 de octubre de 1859, respondiendo al interés del conocimiento del texto, comienza la traducción de sus capítulos. Pero pronto toda la ilusión del isleño se truncó en desilusión. Tras la publicación del relato titulado “Una visita en Canarias”, el traductor abandonó por su propio deseo tal tarea ante las consideradas palabras ofensivas sobre su tierra y sus costumbres. Ante la presión de los lectores, el traductor se reincorporó a la empresa hasta que tras la publicación del número del 22 de octubre de 1859 se suspende por orden del general Ravenet¹¹. Desde ese momento no se supo nada más sobre la obra. No fue solo éste el único problema, pues los círculos sociales de Santa Cruz de Tenerife empezaron a cerrar sus puertas al matrimonio Murray y al empeorarse la situación, el cónsul no tuvo más remedio que pedir un nuevo traslado que les llevaría a Portland, en Norteamérica, donde Elizabeth proclamaría a través de la prensa que, si bien Canarias contaba con el más bello paisaje natural, sin embargo, sus gentes y sus costumbres estaban muy atrasadas. Álvarez Rixo en su época, nos dice que el relato de la dama inglesa muestra una evidente incomprensión y algunos errores, pero sabemos que lo que narra sobre las costumbres y el paisaje tiene mucho de verdad¹².

NOTAS

¹ MURRAY, Elizabeth (1858). *Sixteen years of an artist's life*. 2 V. Hurst and Blackett Publishers, London [traducido los capítulos dedicados a las Islas por José Luis García Pérez con el título *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife* (1988)].

² MURRAY, E. (1858) v.i. p. 272.

³ *Ibidem*, v.i. p. 275.

⁴ *Ibidem*, v.i. p. 266-267.

⁵ ELLIS, A. Burton (1885). *West African Islands*. Chapman and Hall. London. p. 241.

⁶ MURRAY, E. (1858) v.ii. p. 70.

⁷ *Ibidem*, p. 11.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*, v.ii. pp.20-21

¹⁰ *Ibidem*, p. 150.

¹¹ GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988). pp. 10-13.

¹² *Ibidem*, p. 11.